



# AVENTURA EN EL CIRCO

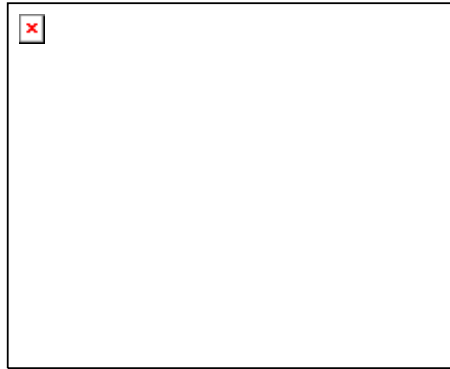
(The Circus of Adventure, 1952)

**ENID BLYTON**

## ÍNDICE

Introducción -----	4
CAPÍTULO PRIMERO	
Las vacaciones -----	5
CAPÍTULO II	
Llega Gustavo -----	9
CAPÍTULO III	
Gustavo y “Kiki” -----	13
CAPÍTULO IV	
Camino de Little Brockleton -----	17
CAPÍTULO V	
“Villa Cantera” -----	21
CAPÍTULO VI	
De Gustavo más que de otra cosa -----	24
CAPÍTULO VII	
Una declaración sorprendente -----	28
CAPÍTULO VIII	
Bill da explicaciones -----	32
CAPÍTULO IX	
Una visita -----	35
CAPÍTULO X	
Una llamada urgente -----	39
CAPÍTULO XI	
Sucesos en la noche -----	43
CAPÍTULO XII	
Captura -----	47
CAPÍTULO XIII	
Un pasajero más -----	51
CAPÍTULO XIV	
Jack se encuentra sin más ayuda que la propia -----	55
CAPÍTULO XV	
El mapa resulta de utilidad -----	59
CAPÍTULO XVI	
Con el circo -----	63

CAPÍTULO XVII	
¡Borken, por fin!	67
CAPÍTULO XVIII	
¡Al castillo!	71
CAPÍTULO XIX	
Una aventura en la noche	75
CAPÍTULO XX	
La salida	79
CAPÍTULO XXI	
Un plan osado	83
CAPÍTULO XXII	
¡Huida!	86
CAPÍTULO XXIII	
¡Cuidado con los osos!	90
CAPÍTULO XXIV	
¡La mañana llega!	94
CAPÍTULO XXV	
Se registra el campamento	98
CAPÍTULO XXVI	
El carro del buhonero	102
CAPÍTULO XXVII	
Una sorpresa... y un plan	106
CAPÍTULO XXVIII	
¡Al castillo de Borken otra vez!	110
CAPÍTULO XXIX	
Unos momentos de emoción	114
CAPÍTULO XXX	
¡Dios salve al Rey!	118



## INTRODUCCIÓN

Queridos niños y niñas:

He de escribiros esta vez una introducción más larga de lo que suelo acostumbrar.

Era mi propósito dar fin a esta serie de Aventuras con mi sexto libro, titulado **Aventura en el Barco**. En dicha obra, Bill Cunningham –amigo y compañero de aventuras de los cuatro niños Jack, Jorge, Dolly y Lucy– se casó con la señora Mannering, madre de Jorge y de Dolly, que se convirtió así en la señora de Cunningham. Recordaréis que Jack y Lucy, huérfanos de padre y madre consideraban a la madre de Jorge y Dolly como tía suya llamándola tía Allie.

Ahora, en este séptimo libro, descubriréis, claro está, que a la señora Mannering se le llama señora Cunningham, por ser esposa de Bill. A Bill se le llama, como siempre, Bill a secas. Los cuatro niños, Bill y su esposa constituyen una familia magnífica. Habréis leído de qué manera llegaron a conocer a Bill en el primer libro de todos, **Aventura en la Isla**.

La culpa de que tuviese que continuar esta serie después de haber tomado la decisión de acabarla, la tenéis vosotros, niños y niñas lectores. Pensasteis, y con razón, que ahora que Bill y la señora Mannering se habían casado y que todo quedaba dispuesto para un feliz desenlace, la serie había tocado a su fin, y os horrorizasteis de tal manera al pensar que podría no haber más aventuras con Jack y “Kiki”, Jorge, Dolly y Lucy, que me anegasteis en un diluvio de centenares, creo que podría decir millares de cartas, ordenándome, suplicándome que escribiera otra Aventura. No procedían las misivas tan sólo de niños de la Gran Bretaña, sino de australianos, neozelandeses, sudafricanos y africanos orientales, americanos y hasta niños de otros países, tales como Alemania, donde se publican las Aventuras, traducidas a su idioma.

Bien pues: he accedido a vuestra petición. Aquí está el séptimo libro, **Aventura en el Circo**, escrito para vosotros con verdadero encanto por mi parte. ¡Quiera Dios que os guste! Los libros anteriores se titulan:

AVENTURA EN LA ISLA  
AVENTURA EN EL CASTILLO  
AVENTURA EN EL VALLE  
AVENTURA EN EL MAR  
AVENTURA EN LA MONTAÑA  
AVENTURA EN EL BARCO

Os desea muy buena suerte a todos,

ENID BLYTON

## CAPÍTULO PRIMERO

## LAS VACACIONES

La tranquilidad había desaparecido ya de la casa. Los cuatro niños se hallaban de vuelta del colegio y estaban metiendo en aquellos instantes los baúles, gritándose los unos a los otros. El loro “Kiki”, ni que decir tiene, tomó parte en la algazara, dando penetrantes chillidos.

–¡Tía Allie! ¡Estamos de vuelta! –gritó Jack–. ¡Cállate “Kiki”! ¡Apenas consigo oírme chillar a mí mismo!

–¡Mamá! ¿Dónde estás? –llamó Dolly– ¡Hemos vuelto ya!

La madre acudió apresuradamente, todo sonrisas.

–¡Dolly! ¡Jorge! No os esperaba tan pronto. ¡Caramba, Lucy, cómo has crecido! Y, Jorge, ¡pareces estar reventando de salud!

–Pues no comprendo el motivo –rió el niño, dándole un fuerte abrazo a la señora Cunningham–. La comida del colegio es tan horrible que ¡jamás pruebo bocado!

–¡El cuento de siempre! –dijo la madre, sonriendo–. ¡Hola, “Kiki”! ¡Saluda, por lo menos!

–¿Cómo está usted? –murmuró el loro, con voz solemne, tendiéndole la pata izquierda, como para estrecharle la mano.

–Una habilidad nueva –observó Jack–; pero te equivocaste de pata, lorito. ¿No sabes distinguir entre la derecha y la izquierda?

–Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda –dijo “Kiki” al punto, empezando a marcar el paso con singular acierto–. Un-dos, un-dos, un-dos...

–Bueno, basta ya –dijo Jack. Se volvió hacia la señora Cunningham–. ¿Cómo está Bill? ¿Se encuentra aquí también?

–Era su intención estar aquí para daros la bienvenida a todos –contestó la señora–. Pero le llamaron inesperadamente por teléfono esta mañana, y tomó el coche y partió a toda velocidad con dirección a Londres.

Los cuatro niños no ocultaron su desilusión.

–Supongo que no se tratará de algún trabajo que le haya salido precisamente cuando estábamos a punto de llegar a casa a pasar las Pascuas de Resurrección, ¿verdad? –inquirió Lucy–. ¡Siempre tiene alguna misión secreta que cumplir cuando menos falta hace que la tenga!

–Confío en que no habrá tal cosa esta vez –respondió la señora Cunningham–. Espero que me llame de un momento a otro para decirme si piensa volver esta noche o no.

–¡Mamá! ¿Abrimos el equipaje aquí mismo y sacamos nuestras cosas? –quiso saber Dolly–. No hay sitio para moverse con cuatro baúles en el paso.

–Sí. Pero dejad dos de los baúles a mano cuando los hayáis vaciado. Nos vamos de vacaciones mañana... ¡todos juntos!

Aquella era una noticia para los niños.

Se agruparon inmediatamente alrededor de la señora Cunningham.

–¡No nos dijiste una palabra en tus cartas! ¿Adónde vamos? ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

–En realidad, la idea fue de Bill y no mía –replicó la señora–. Le pareció que resultaría un cambio agradable. Hasta yo misma quedé sorprendida cuando lo arregló en un momento.

–¡Lo ha arreglado ya! ¡Sin decirnos a nosotros una palabra! –exclamó Jorge–. Escucha, ¿ocurre algo? Parece raro que lo haya arreglado todo Bill tan de repente. La última vez que hable con él, cuando fue al colegio a vernos, no supo hablar más que de lo que íbamos a hacer todos en casa durante las cuatro semanas de vacaciones de Pascua.

–Yo no creo que la cosa tenga nada de particular –le anunció la madre–. Ya sabes que a Bill se le ocurren las cosas así, de sopetón.

–Bueno, pero, ¿dónde vamos a ir entonces? –quiso saber Jack, echando a “Kiki” del aparador, donde intentaba quitarle la tapadera a la caja de galletas.

–A un sitio que se llama Little Brockleton –respondió la señora Cunningham–. Un lugar muy tranquilo. En pleno campo. Como os gusta a todos. Podréis ir vestidos de cualquier manera el día entero.

–Little Brockleton –murmuró Jorge–. Brock significa “tejón”. ¿Si habrá tejones allí? Siempre he tenido ganas de estudiar las costumbres de los tejones..., esos bichos tan raros que parecen osos.

–Bueno, pues entonces tú, por lo menos, serás feliz –dijo Dolly–. Supongo que eso significa que cuando queramos darnos cuenta, ya habrás metido en casa un par de tejones como favoritos. ¡Uf!

–Los tejones son unos animales muy agradables –empezó Jorge–; limpios y muy mirados en sus costumbres, y...

Lucy soltó un chorro de risa.

–¡Ay, Señor! ¡Pues no se parecen a ti ni pizca entonces, Jorge!

–No interrumpas de esa manera ni digas tantas tonterías –repuso Jorge–. Decía, refiriéndome a los tejones...

Pero nadie tenía el menor deseo de escucharle. Jack ansiaba hacer una pregunta.

–¿Hay pájaros que valgan la pena por Little Brockleton? –quiso saber–. ¿Dónde está ese sitio? ¿Junto al mar?

Jack seguía tan aficionado a las aves como siempre, y se sentía feliz mientras pudiera dedicarse a observarlas. La señora Cunningham se echó a reír.

–¡Tú y tus pájaros, Jack! Y ¡tú y tus tejones, Jorge! No puedo decirte una palabra de los que pueda haber por allá. Supongo que los corrientes. Bueno... a ver los baúles. Las vaciaremos todos, trasladaremos arriba los de los muchachos, y dejaremos los de las niñas para llevárnoslos a Little Brockleton..., puesto que están un poco menos maltratados.

–¿Podemos comer algo después de deshacer el equipaje? –inquirió Jorge–. Estoy muerto de hambre. La comida del colegio, ¿sabes?, es tan...

–Sí, eso ya lo he oído decir antes. Jorge –le respondió su madre–. Os daré una magnífica comida dentro de media hora..., sí, lo que más os gusta..., fiambres, ensalada, judías con salsa de tomate, patatas con su piel, montones de tomates...

–¡Qué ilusión! –exclamaron todos–. ¡Qué cosas más buenas!

Y “Kiki” saltó, solemnemente, de una a otra pata.

–¡Buenas cosas, buenas! –dijo–. Buenas..., buenas tardes, buenas noches, muy buenas.

Empezaron a deshacer el equipaje.

–“Kiki” se portó muy mal durante el viaje –dijo Jack, intentando transportar un enorme montón de ropa, y dejando caer la mitad–. Se metió debajo de un asiento a picotear los envoltorios de unos caramelos. Subió al poco rato al tren un anciano la mar de agradable, y “Kiki” le metió los papeles en la parte baja del pantalón. ¡La cara que puso cuando se agachó y los vio!

–Y luego se puso a ladrar como un perro –agregó Lucy, con una risita–, y el pobre señor dio un brinco tan grande, que por poco toca el techo del compartimento con la cabeza.

–¡Pum, pum! –intercaló el loro–. ¡Pop, pop! ¡Piiiiii, piiiiii! Piiiiii, suena el pito. Límpiame los pies y cierra la puerta.

–¡Ah, “Kiki”! ¡Qué agradable resulta volverte a ver y escuchar tus tonterías! –exclamó la señora Cunningham riendo.

“Kiki” irguió la cresta, se acercó a la señora, y le frotó la mano con la cabeza, como si fuera un gato.



–Cuando haces eso –aseguró ella, rascándole–, siempre me parece que vas a ponerte a ronronear. Los baúles quedaron vacíos muy pronto y la distribución de su contenido no ofreció complicaciones: la ropa sucia se tiró a un enorme cesto de mimbre y la otra se tiró dentro de los cajones de la cómoda.

–No acabo de comprender por qué da la gente tanta importancia al hacer y deshacer el equipaje –dijo Jack–. “Kiki”, saca la cabeza de mi bolsillo. ¿Qué significa esta repentina locura por los caramelos? ¿Quieres que se te quede pegado el pico y no puedas hablar?

“Kiki” sacó la cabeza del bolsillo del niño, y lanzó un aullido de triunfo. Había encontrado un caramelo. Ahora pasaría un rato la mar de agradable quitándole el papel y hablando a solas mientras llevaba a cabo la tarea.

–Bueno, eso le tendrá entretenido un rato, por lo menos –observó Dolly, con alivio–. ¡Mete tanto ruido cuando está excitado!

–Lo mismo que te pasa a ti –intervino al punto Jorge.

Dolly le miró torvamente.

–A callar los dos –se apresuró a decir Jack–. Nada de peleas en el primer día de vacaciones. ¡Troncho! ¡Fijaos en Lucy! ¡Está dejando caer un par de calcetines en cada escalón al subir la escalera!

Sonó el timbre del teléfono y la señora Cunningham se apresuró a descolgar el auricular.

–¡Debe de ser Bill! –dijo.

Lo era, en efecto. Hubo una corta conversación que, por parte de la señora, consistió, principalmente en “Sí. No. Ya. Supongo que sí. No, claro que no. Sí. Sí. No, Bill. Bien. Sí, ya se lo explicaré. Hasta la noche, pues. Adiós.”

–¿Qué dice? –preguntó Jack–. ¿Va a venir pronto? Tengo muchas ganas de verle.

–Sí, vendrá esta tarde a eso de las cinco y media –contestó la señora Cunningham.

A los cuatro niños no les pareció muy satisfecha. Abrió la boca para decir algo, vaciló, y volvió a cerrarla.

–Mamá, ¿qué es lo que dijiste que explicarías? –preguntó Jorge–. Te oímos decir: “Sí, ya se lo explicaré.” ¿Se trataba de algo que tenías que decirnos? ¿Qué es?

–No digas que se trata de una mala noticia –exclamó Lucy–. Bill sí que va a venir con nosotros, ¿verdad?

–¡Oh, sí! Bueno..., espero que no os importará, queridos..., pero..., tiene mucho interés en que llevemos a otra persona también.

–¿A quién? –preguntaron todos a coro.

Y pusieron tal cara de felicidad, que la señora Cunningham se quedó la mar de sorprendida.

–No se tratará de su tía anciana, ¿verdad? –dijo Dolly–. ¡Oh, mamá, no digas que es alguien con quien vamos a tener que ser muy formales a todas horas!

–No, claro que no. Se trata de un niño..., el sobrino de un amigo de Bill.

–¿Le conocemos? ¿Cómo se llama? –quiso saber Jack.

–Bill no me dijo su nombre.

–Y, ¿por qué no puede irse a pasar las vacaciones a su propia casa? –exclamó Dolly, desilusionada–. No me gustan los niños pequeños. ¿Por qué hemos de llevarlo con nosotros? ¡Nos lo echará a perder todo seguramente!

–Quiá, no lo creas –anunció Jorge, en seguida–. A los niños pequeños los hacemos andar bien derechos nosotros, ¿verdad, Jack? Son muchos los que tenemos que aguantar en el colegio... a ellos y a sus estupideces..., sabemos divinamente cómo meterles en cintura.

–Sí, pero, ¿por qué ha de venir con nosotros? –insistió Dolly–. ¿No tiene casa?

–Sí, claro. Pero es extranjero –repuso la madre–. Le han mandado al colegio a Inglaterra para que se eduque bien. Me imagino que su familia desea que pase ahora unas semanas con una familia inglesa para que conozca nuestra vida de hogar. Además, según parece, hay alguna dificultad en su casa ahora..., quizá haya alguien enfermo o cosa parecida.

–Bueno, ya procuraremos pasarlo lo mejor posible –dijo Lucy, imaginándose al desconocido como un niño muy pequeño, consumido de nostalgia, a quien podría consolar y cuidar.

–Te lo encajaremos a ti entonces, Lucy –dijo Dolly, a quien los niños pequeños hacían muy poca gracia, y las niñas pequeñas menos aún–. ¡Puedes pasearle en un cochecito y meterle en la cama por la noche!

–No seas boba, Dolly –le dijo su madre–. No será tan pequeño como todo eso. Bueno..., ¿habéis acabado ya? Casi es hora de comer, conque id a lavaros las manos y a cepillaros el pelo.

–Lavaos las manos, cepillaos el pelo, limpiaos los pies, sonaos la nariz –gritó “Kiki”–. ¡Cepíllate las manos, sóplate los pies, límpiate los... los... los...!

–Sí..., buen lío te has hecho, amiguito –dijo Jack, riendo.

“Kiki” voló a posársele sobre el hombro y le tiró, amorosamente, de la oreja con el pico. Luego, al oír sonar el batintín, soltó un agudo chillido y voló al comedor. ¡De sobra sabía lo que aquel sonido significaba!

–¡Jack! ¡“Kiki” nos picoteará todos los tomates como no lo vigiléis! –observó la señora Cunningham–. ¡Corre, corre tras él!

Pero la observación resultaba innecesaria: todos habían echado a correr hacia el comedor al oír la llamada.



## CAPÍTULO II

## LLEGA GUSTAVO

Los niños pasaron la tarde recorriendo la casa para ver qué cambios se habían hecho, y explorando el jardín de punta a punta para descubrir qué flores se habían abierto, qué cosas comestibles se encontraban (nada más que lechugas, ¡oh, dolor!) y para presentar a “Kiki” a las seis gallinas nuevas.

–Hay una alfombra nueva en el cuarto de los invitados –anunció Lucy–, y a eso se reducen los cambios. Me alegro. No me gusta volver a casa y encontrarme las cosas cambiadas. Supongo que ese niño dormirá en la habitación de los invitados, ¿verdad, tía Allie?

–Sí –respondió la señora Cunningham–. Pienso prepararla dentro de unos momentos. Anda a reunirte con los demás en el jardín. Puedes coger unos asfódelos si quieres..., nos hacen falta unos cuantos para el vestíbulo.

Lucy marchó la mar de contenta. El primer día de vacaciones siempre resultaba una gloria. Todos los primeros días transcurrían despacio y el pensamiento de que quedaban días y días de vacaciones en perspectiva, era motivo en que recrearse casi instante tras instante.

–¡Lucy! ¡Ven aquí! ¡“Kiki” se está divirtiendo de lo lindo! –llamó Jack–. ¡Fíjate de qué manera se está exhibiendo ante las gallinas!

El loro se había posado encima de un poste en el corral. Las seis gallinas se habían agrupado a su alrededor, admirándole.

–Clo-clo-clo –se dijeron unas a otras.

Y una de ellas se alzó sobre las puntas de las patas y batió las alas, como si intentase volar.

“Kiki” ladeó la cabeza, se puso de puntillas también, abrió las alas, y despegó, planeando hasta aterrizar junto a las sorprendidas gallinas.

–Clu-clu-clú... clu-clú –dijo, muy serio–. ¡Clu-clu-clu... clu-clú!

–¡Clucu-cu-cuclú! –contestaron, admiradas, las gallinas, acercándose más.

Una de ellas, más osada, le picoteó una de las plumas de la cola.

¡Aquello era una insolencia! “Kiki” danzó alrededor de las alarmadas aves haciendo el mismo

ruido que un aeroplano en dificultades. Las gallinas pusieron pies en polvorosa, huyendo hacia el gallinero y tropezando unas con otras al intentar introducirse por la estrecha puerta del mismo de dos en dos.

El loro anodeó tras ellas, cloqueando otra vez. La señora Cunningham dijo, desde la ventana:

–¡Niños! ¡Esas gallinas no pondrán jamás huevos como dejéis que las asuste “Kiki”!

–¡“Kiki” se ha metido en el gallinero! –le contestó Jack–. ¡Seguramente se sentará en uno de los nidos e intentará poner un huevo como ellas! ¡Sol de ahí, “Kiki”!

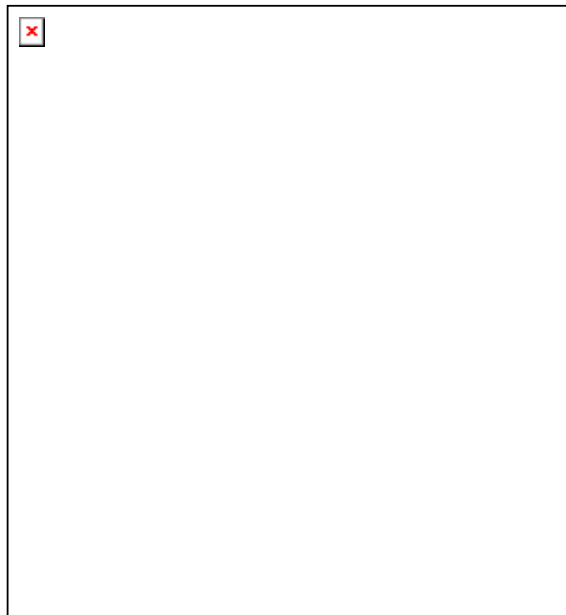
El loro se asomó a la puertecilla, interrogador.

–Pon el agua a calentar –dijo, muy sereno–. ¡Clu-clu-clú... clú-clú!

Voló a posarse sobre el hombro de Jack, y las gallinas se miraron unas a otras con alivio. ¿Podría salirse ya y errar por el corral sin peligro?

–Ahí está el gato del vecino –dijo Dolly–. ¡Supongo que habrá venido a averiguar qué es todo este jaleo! No sueltes a “Kiki”, Jack.

–Ladrará como un perro si el gato se acerca más –respondió el niño–. Venid..., vamos a ver lo que tiene el jardinero en el invernadero.



Era una tarde soleada muy agradable, y los cuatro se divertieron “vagando por ahí”, como dijo Jack. Todos estaban ansioso que llegara Bill. Así se hallaría reunida la familia completa, aun cuando, claro está, habría una persona de más si es que se presentaba, en efecto, el anunciado niño.

–Voy a apostarme junto a la puerta del jardín a esperar a Bill –anunció Lucy, después del té.

–Lo haremos todos –respondió Jorge–. ¡Qué buena persona es Bill! ¡Y qué suerte que no ande comprometido en una de sus misiones secretas en estos instantes y pueda marchar con nosotros!

Fueron a instalarse junto a la cancela todos juntos. “Kiki” no hacía más que erguir y agachar la cresta en su excitación. Se daba perfecta cuenta de que Bill estaba a punto de llegar.

–¡Bill! ¡Aguas mil! –no hacía más que decir–. ¿Dónde está Bill? ¡Piii, suena Bill!

–Eres un bilibobo –dijo Lucy, acariciándole el cuello–. ¡Vaya si lo eres!

–¡Qué cosa más estúpida de llamarle! –exclamó Dolly–. ¡Precisamente cuando aguardamos a Bill! ¡Apuesto a que le llama bilibobo a gritos cuanto le vea!

–¡Bilibobo, bilibobo! –aulló el loro, enamorándose de la palabra.

Jack le dio un golpecito en la cabeza.

–No, “Kiki”, mirad..., ahí viene un coche. Quizá sea el de Bill.

Se equivocó. No lo era. Al pasar el vehículo junto a ellos, “Kiki” imitó con sorprendente exactitud la bocina de un automóvil.

El conductor se quedó asombrado, porque no veía coche alguno en la vecindad. Hizo sonar su propia bocina, creyendo que habría por allí alguna curva o recodo que él era incapaz de ver.

De pronto Lucy soltó un grito.

–¡Aquí está Bill! –exclamó–. ¡Un coche negro, muy bruñido y brillante! ¡Bill, Bill!

Tenía razón. Sí que era el coche de Bill. Se detuvo ante la cancela, y el rostro sonriente del detective asomó por la ventanilla. Había alguien sentado junto a él. ¿El niño quizá?

Bill abrió la portezuela y saltó a tierra. Los cuatro niños se le echaron encima.

–¡Bill! ¡Querido Bill! ¿Cómo está usted, Bill?

–¡Bilibobo! –aulló una voz.

–Ah..., buenas tardes, “Kiki” –saludó Bill, al aterrizarle el loro de lleno en el hombro–. Veo que sigues siendo el mismo pájaro grosero de siempre. ¡Estoy haciendo yo mucha falta aquí para enseñarte modales!

“Kiki” cloqueó como una gallina excitada.

–¡Eh, tú! ¡No vayas a ponerme algún huevo en el cogote! ¿De qué cacareas? ¿Dónde está tu madre, Dolly?

–Aquí –respondió la niña, al acudir la señora Cunningham, corriendo.

Una tos muy fuerte, procedente del interior del vehículo, contuvo a Bill antes de que pudiese saludarla. Una tos cuyo evidente objeto era recordar la presencia del invisible viajero.

–Ah... me había olvidado por completo durante un instante –dijo el detective–. He traído visita. ¿Se lo dijiste, Allie?

–Sí –asintió ella–. ¿Dónde está? ¿En el automóvil? Hazle bajar.

–Vamos, sal –ordenó Bill.

Y, en el profundo silencio que siguió a sus palabras, el que tosiera se apeó del vehículo todo lo majestuosamente que pudo. Se le quedaron todos mirando.

Tendría unos once años, y saltaba a la vista sus cualidades de extranjero. El cabello, rizado y negro como ala de cuervo, era demasiado largo. Tenía los ojos tan negros como el pelo, y las pestañas más espesas que ninguna de las dos niñas. Sus modales eran, en verdad, magníficos.

Se dirigió a la señora Cunningham y tomó la mano que ésta le tendía. Pero, en lugar de estrechársela, se inclinó sobre ella y se la tocó con los labios. La señora Cunningham no pudo menos que sonreír. Los cuatro niños contemplaron la escena con regocijo.

–Mis más expresivas gracias, querida señora –dijo con acento extranjero.

–No hay de qué darlas –repuso la señora Cunningham–. ¿Has tomado ya el té?

Pero antes de dar contestación a esta pregunta, el niño hizo una nueva exhibición de modales. Se acercó a Dolly y, antes de que ésta pudiese adivinar su propósito, le cogió la mano y se inclinó sobre ella. La niña la retiró, dando un gritito.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

